

nueva capital del Imperio (1). Así se heria al fundador en la parte mas sensible; el resentimiento hizo olvidar la razon, y Constantino creyó que trataba con suma clemencia al Patriarca no condenándolo á morir, sino solo á destierro. En efecto, relegósele á la otra estremidad del Imperio, en la ciudad de Tréveris, capital de las Galias, en donde el ilustre desterrado fue acogido como convenia á un confesor de la fe por San Maximino, Obispo de dicha ciudad, y por el jóven Constantino, hijo del Emperador, que no pudo menos de estrañar las preocupaciones de su padre.

Vencido ya el estorbo de Atanasio, pareció poco difícil restablecer á Arrio en Alejandría, y mas habiendo este profesado la fe de Nicéa ante el Emperador, que no salia nunca de este punto fijo. Así que Arrio se separó de Constantino, comenzó de nuevo á dogmatizar bajo los mismos principios y con las mismas heregias que antes. Evitaron su comunion con tanto mas horror y constancia los Sacerdotes de Alejandría, á donde se trasladó desde luego, cuanto estaban inconsolables por la pérdida de su santo Pastor, y por considerar que con su espulsion quedaba espuesto el rebaño á la voracidad de los lobos hambrientos, que ni aun se tomaban el trabajo de esconderse bajo algun disfráz. Fue la desolacion universal y penetró hasta el interior de los desiertos, donde moraban aquellos verdaderos solitarios que no reconocian por sólida otra piedad, que la que tiene por base la doctrina pura de la Iglesia.

(3) *Synod. Alexan. pág. 729. Theoret. lib. 1. hist. cap. 39.*

91. Creyó el grande Antonio, en quien hicieron mayor impresion que en otro alguno estas novedades, que nunca mejor que en estas terribles circunstancias podia hacer valer el buen concepto con que le distinguia el Emperador. Muchas veces le habia escrito Constantino y sus dos hijos Constanzo y Constante, tratándole de padre y pidiéndole por favor que respondiese siquiera con algunas breves palabras á su ternura filial. El Santo al recibir la primera de estas cartas reunió á los solitarios, y sin manifestar la menor conmocion, les dijo: „Los Soberanos del siglo nos han escrito; pero ¿qué relacion puede haber entre ellos y unos hombres que siendo estrangeros para el mundo, ignoran el lenguaje que en él se usa? Si admirais la condescendencia de un Emperador formado del polvo como nosotros y que todavía se debe convertir en polvo, ¿cuál debe ser vuestra admiracion al considerar que el Monarca Eterno nos escribió con su propia mano la Ley, y nos habló por su propio Hijo?” Sin embargo, como le representasen sus hermanos que un Emperador tan Cristiano merecia las mayores atenciones, y que quizá se escandalizaria de un desprendimiento cuyo motivo legitimo podia no penetrar, abrió las cartas y contestó á ellas. Empero cuando oyó las turbulencias y riesgos en que estaba la Iglesia de Alejandría, no fue necesario instarle á que pidiese por el santo Obispo Atanasio, tan necesario á su pueblo y á todo el Oriente. Con el mas ardiente celo escribió pues, y Constantino le respondió con otra tanta bondad y distincion: pero se man-

tuvo constante en cuanto al destierro del Patriarca, por la preocupacion de que habia sido depuesto en virtud de sentencia dictada por un Concilio, como tambien por la idea que habia formado de Atanasio, fomentada por los sectarios, de que era un espíritu altivo y un súbdito sedicioso.

Apoderáronse generalmente el dolor y la consternacion de todos los estados y profesiones, así que se esparció esta novedad por Alejandría. Todo comenzó á ponerse en movimiento en aquella gran ciudad; y para precaver que se llegase á los últimos extremos, no halló otro medio la corte que llamar á Arrio á Constantinopla. Entonces las riendas del gobierno quedaron, puede decirse, sin dueño en manos de Constantino, sin que se conociese el menor vestigio de aquella Sabiduría Suprema que en tantas ocasiones se habia dignado servirle de guia, en tanto que se mantuvo en la esfera propia de su poder. Los Eusebianos á la sombra de la proteccion Imperial hicieron reunir un Concilio de todas las provincias vecinas á la capital; porque se figuraban que una vez recibido el heresiarca por los Obispos ante el Emperador, ninguna Iglesia tendria dificultad en admitirle.

92. Un santo Prelado llamado Alejandro gobernaba á la sazón la Iglesia de Constantinopla, el que veía con el dolor mas cruel como los dos Eusebios dominaban despóticamente sobre el Clero. Ya se habia condenado y depuesto á Marcelo de Ancira, que á la verdad parecia culpable de Sabelianismo: pero no era este su verdadero delito. Si padecia era por

haber escrito contra el sofista Astero, que habiendo pasado desde el paganismo al partido de los Arrianos, publicaba sin reserva casi las mismas blasfemias que si fuera aun Pagano. Acreditó Alejandro todo el vigor de la juventud á la edad de mas de noventa años. Amenazábale la faccion con deponerlo á él mismo, y substituir en su lugar un Obispo que tratase á Arrio con mas consideracion. El ilustre Santiago de Nisibe, que estaba en el Concilio, dijo al celoso anciano: *hermano mio Alejandro, al Rey de los Reyes es á quien debemos recurrir en un abandono tan general.* Encargaron á los fieles que orasen y ayunasen por siete dias continuos estos dos santos varones; al fin de los cuales los Eusebianos impacientes dijeron á San Alejandro, que si no recibia á Arrio aquel mismo dia en su Iglesia, ellos harian que se le recibiese por fuerza al siguiente. Retiróse á la Iglesia llamada de la Paz el santo viejo, sin responder una palabra; y encerrándose solo en ella, se arrodilló á los pies del altar, y pegado el rostro al suelo é inundado en lágrimas exclamó, interrumpiendo los sollozos su voz: *Dios Omnipotente, si es preciso que el impío Arrio sea recibido en la Iglesia, no permitais que el desgraciado Alejandro presencie un espectáculo tan doloroso, y sacadme antes de este valle de lágrimas* (1).

93. No habia concluido estas palabras, cuando se le fue á intimar por la última vez, de parte del Emperador, que admitiese al heresiarca á la comunión. Se persuadió aquel Príncipe entregado enteramente á

(1) *S. Gregor. Nazianz. Orat. 16. S. Ambros. lib. 1. de fide.*

los seductores que no se apartaban de su lado, sobre la palabra de estos, que Arrio ya no tenia otra fe que la de Nicéa; tanto mas que el falsario al presentar su última confesion, en la cual nada se leía que no fuese ortodoxo á la letra, protestaba con juramento que creía todo lo que habia escrito. Pero llevaba, dicen, consigo otro papel, al que, por un miserable y sacrilego equivoco, referia mentalmente su afirmacion. Constantino le dijo: *si te atreves á proferir un perjurio tan enorme, Dios sea el vengador de él.* Era domingo el dia señalado para la ceremonia de la recepcion de aquel impío, con el objeto de que fuese mas ostentosa. El orgullo impaciente de los hereges les hizo llevar á Arrio por toda la ciudad como en triunfo el sábado por la tarde, á tiempo que San Alejandro continuaba aun en su oracion; y él mismo lleno de soberbia prorrumpia en mil discursos insolentes. Era inmenso el concurso, y se aumentaba por momentos en todas las calles. Notaron todos al acercarse á la plaza llamada Constantiniana, en el fondo de la cual se descubria el templo en donde habia de ser restituido el heresiarca, que se quedó pálido, y le acometió un terror repentino y los mas crueles remordimientos (1). Se sintió al propio tiempo acosado de una necesidad corporal, y entró en uno de los parages públicos construidos para este fin en la nueva Roma con tanta magnificencia como los demás edificios. Arrio atormentado de los mas violentos dolores espiró en este lugar, arrojando una abundancia gran-

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 38.*

de de sangre con una parte de las entrañas: digno fin de un impío que habia sido muy parecido mientras su vida al traidor Judas, para no asemejarle en las circunstancias de la muerte. Tanto abatimiento causó á los Arrianos este trágico suceso, reputado por milagroso, como esperanza á los fieles ortodoxos. Mereció el horror público y la execracion general el lugar donde pasó esta horrible escena; y mas adelante lo compró un Arriano, con el fin de borrar, ó á lo menos disminuir la memoria de aquel oprobio, destinándolo á otro uso muy distinto.

94. Hizo el Emperador profundas reflexiones sobre este suceso; reconoció en él la mano del Señor; concibió mas aversion á aquella secta perjura, y mas amor que nunca á la fe de Nicéa. En fin, conoció la falta que habia cometido, desterrando al principal defensor de este sagrado Concilio; y ya iba á mandarle llamar, cuando la muerte impidió la egecucion de su intento: mas antes de espirar dió la orden para que se hiciese. Acababa de arreglar la division ó reparticion de sus Estados entre sus hijos, para evitar las discordias y turbulencias: al primero, que llevaba su nombre, señaló las Galias, la España y la Breñaña: el Egipto y el Asia á Constanzo, y á Constante el mas jóven de los tres, las provincias del centro del Imperio, á saber, la Italia, la Iliria y el África. Como el primero estaba ya casado, quiso el Emperador dar esposa á Constanzo; y su eleccion, como dirigida tan solo por el afecto, recayó en Eusebia muger en realidad dotada de todas las gracias y todos los ta-

lentos convenientes á su gran destino, y aun por desgracia, de ciertas cualidades y conocimientos superiores á su sexo: Princesa en fin que hubiera sido completa, si le faltara aquella suficiencia y curiosidad presuntuosa que muchas veces empeñan á las mugeres en novedades y errores en materia de Religion, y á ella la precipitaron miserablemente en la heregía de Arrio.

Celebróse el casamiento con la mayor pompa; pero el gran Constantino, digno en esta ocasion de sí mismo y de sus mas floridos años, quiso sobre todo manifestarse grande en sus liberalidades; y en vez de cargar de impuestos á los pueblos como habian hecho los demás Príncipes, para sufragar á los cuantiosos gastos que con este motivo se originaban, hizo por el contrario presentes de mucha consideracion á las ciudades principales del Imperio. Enviáronle las naciones mas remotas sus embajadores á felicitarle y renovar su respetuosa amistad; viniendo con este intento desde lo mas lejos de las Indias, y de las estremidades del Norte y del Occidente. Respecto á los Persas pidieron con demasiada arrogancia las provincias del Tigris que habian perdido. Equivalia á una declaracion de guerra esta pretension; y así Constantino se preparó á marchar contra ellos, y quiso que le acompañasen Sacerdotes y Obispos, para alimentar su piedad con los egercicios del culto divino aun en el seno mismo de la guerra y del bullicio; á cuyo fin mandó hacer como una Iglesia portátil, que se habia de armar en cualquier parte que acampase el

egército. Cuando llegó el tiempo de la festividad de la Pascua, pasó la víspera en oracion, acompañado de los fieles segun costumbre, y repartió grandes limosnas, egercitándose con estraordinario fervor en otras obras de piedad.

95. Esta era la Pascua del año 337, el sesenta y cuatro de la edad del Emperador: disfrutaba este de una salud perfecta aparentemente, pero le acometió una enfermedad desconocida, en la que desconfiando desde luego los mejores médicos, no le prometieron alivio sino con los baños calientes. Mandó despues de haber experimentado los de Constantinopla, que le llevasen á las aguas de Helenópolis, hácia Nicomedia: pero la violencia del mal, que fue en aumento, le impidió el tomarlas. Fijó entonces todas sus miras en el Señor, y tuvo la devocion de visitar la célebre Iglesia del Mártir San Luciano, donde pasó largo tiempo en oracion. Allí conoció que su fin se iba acercando, y resolvió recibir el bautismo, el que pidió con una humildad egemplar, arrodillándose y confesando sus pecados. Primero recibió la imposicion de las manos, para ponerse en el grado que llamaban de Competente, á saber, dispuesto próximamente al bautismo, y no precisamente catecúmeno: porque es muy verosímil que no aguardase á serlo tan tarde, tanto mas que sus historiadores refieren en varios pasages la manera con que asistia á los divinos Misterios; lo que no podia hacerse sin ser catecúmeno (1).

Segun dicen, despues mandó que le condujesen al

(1) *Euseb. vit. Constant. M. lib. 4. cap. 17.*

palacio de Aquiron , mas inmediato á Nicomedia. Recobró allí algun tanto sus fuerzas , y dijo á los Obispos que le acompañaban , que siempre habia sido su intencion recibir el bautismo en el rio Jordán , en memoria del de nuestro Salvador ; pero que no condescendiendo al parecer el cielo con sus deseos , pedia que le bautizasen sin mas dilacion. No están acordes los críticos sobre el Ministro que le bautizó ; mas los que pretenden que fue Eusebio , Obispo de aquel distrito , observan que este Prelado profesaba públicamente la fe de Nicéa , que egerció religiosamente todas las ceremonias ordinarias , y que le vistió la túnica blanca. Su cama se adornó tambien de blanco , y ya no permitió que le volviesen á poner la púrpura. Les dijo con un tono de tranquilidad , viendo que las gentes que le asistian se deshacian en lágrimas , que miraba con otros ojos que ellos la verdadera felicidad , y estaba muy lejos de afligirse cuando se acercaba el momento en que iba á posesionarse de ella.

Para mantener la paz en sus estados y en su familia dió las convenientes órdenes , é indujo á las tropas á jurar solemnemente que nada emprenderian contra la Iglesia ni contra sus hijos : y luego murió el 22 de Mayo , dia de Pentecostes , á principios del año sesenta y cuatro de su edad , y á fines del treinta y uno de su reinado , que fue el mas dilatado de todos los Emperadores despues de Augusto. Habia mandado llamar con gran priesa á su hijo Constanzo , como el menos distante de todos , aunque no le acompañó al Asia ; despues de lo cual sintiéndose desfallecer por

puntos , entregó su testamento al Sacerdote Arriano que su hermana le habia dejado recomendado como hombre de confianza ; lo que contribuyó mucho para acreditar á aquel hipócrita , con tanto daño de la Religion , como se verá mas adelante.

Ningun Príncipe fue tan llorado del pueblo y de las tropas como Constantino. El dia de su muerte los lamentos eran generales en el palacio y en la ciudad. Rasgaron sus guardias y domésticos sus vestidos con tantas señales de dolor , que aunque esta era una demostracion de pura ceremonia en la antigüedad , en el presente lance fue una espresion muy débil del sentimiento. Se trasladó su cuerpo á Constantinopla ; y los moradores de esta gran ciudad , á quienes habia tratado siempre como á hijos mas bien que como á súbditos , parecian una familia numerosa que acababa de perder al mejor padre. Fue su cadáver espuesto al público , adornado con la púrpura y la diadema , en un ataud de oro , sobre un magnífico estrado rodeado de candeleros del mismo metal. No se separaban de él las gentes de su servidumbre , y otras muchas personas ilustres velaban dia y noche con ellas , esperando á los Príncipes hijos del difunto. Mas solo Constanzo pudo llegar á tiempo para la ceremonia del entierro. Acompañó el cuerpo hasta la Iglesia de los Santos Apóstoles , señalada por el mismo Constantino para sepultura de los Césares , y despues se retiró con sus soldados , porque no estaba todavía en la clase de los catecúmenos. Hicieron las preces acostumbradas el Clero y el pueblo fiel , y se ofreció el santo Sacrificio